

CÉSAR.  
¿Qué discurso ó qué verdad  
Ese afecto tuyo indicia?  
ALEJANDRO.  
Es que con mi gran malicia  
Sobresale tu bondad.  
CÁRLOS.  
Y, dime, ¿no es impiedad,  
Nunca al dolor prevenida,  
Ni por la estrella influida,  
Ni amagada por la suerte,  
Que vengas á dar la muerte  
A aquel que te dió la vida?  
CÉSAR.  
Yo te engendré, yo te di  
El noble sér que gozaste.  
ALEJANDRO.  
Por tu gusto me engendraste,  
Que no lo hicistes por mí:  
Y no me llores así,  
Que no podrá tu prudencia  
Reducirme á tu obediencia;  
Y pues oyes mi razon,  
No me hagas obligacion  
Lo que fué tu conveniencia.  
CÉSAR.  
Pues reducete por ver  
Siquiera que te he criado.  
ALEJANDRO.  
¿Tan buen hijo me has sacado  
Que te lo he de agradecer?  
CÉSAR.  
Sea siquiera por ser  
Yo (¡qué terrible dolor!)  
Quien su amor con su dolor  
Juntar supo y dividir.  
ALEJANDRO.  
Y dime, para vivir  
¿Me hará provecho tu amor?  
CÁRLOS. (Ap.)  
En vano obligarle piensa  
Su ingratitud: del indicio  
Que avisarle un beneficio  
Es acordarle una ofensa.  
CÉSAR.  
Contigo propio dispensa  
Ese afecto, ese rigor;  
Repara en el deshonor  
De tu fama esclarecida.  
ALEJANDRO.  
Si me han de quitar la vida,  
¿Para qué quiero el honor?  
César, y no padre, advierte,  
Que tres veces he soñado  
Que soberbio y arrojado  
Me dabas sangrienta muerte;  
Pues por librar desta suerte  
Un indicio, que áun incierto  
Tiene apariencias de cierto,  
De mi coraje inducido,  
La que me diste dormido  
Procuro vengar despierto.  
CÉSAR.  
En efeto, ¿tú pretendes  
Darme la muerte?  
ALEJANDRO.  
Eso quiero.  
CÉSAR.  
Soy tu padre.  
ALEJANDRO.  
Y mi enemigo.  
CÁRLOS.  
Mira...  
ALEJANDRO.  
No escucho consejos.

CÉSAR.  
¿Y á tu hermano?  
ALEJANDRO.  
Es sangre mia  
Y he de verterla por eso.  
CÉSAR.  
¿Y á mí?  
ALEJANDRO.  
Porque me criaste.  
CÁRLOS.  
Advierte.  
ALEJANDRO.  
Ya estoy resuelto.  
CÉSAR.  
¿No hay medios?  
ALEJANDRO.  
No los procures.  
CÁRLOS.  
¿Ni hay lágrimas?  
ALEJANDRO.  
Soy de hielo.  
CÉSAR.  
¿Ni hay quejas?  
ALEJANDRO.  
Nací montaña.  
CÁRLOS.  
¿Y tu opinion?  
ALEJANDRO.  
No la tengo.  
CÉSAR.  
¿Y tu sangre?  
ALEJANDRO.  
Soy cruel.  
CÁRLOS.  
Mira la infamia...  
ALEJANDRO.  
Estoy ciego.  
CÉSAR.  
¿Y tu nobleza?  
ALEJANDRO.  
Perdila.  
CÁRLOS.  
¿A qué aspiras?  
ALEJANDRO.  
Vivir quiero.  
CÉSAR.  
¿Y ha de ser?  
ALEJANDRO.  
Ya lo publico.  
CÉSAR.  
¿No hay remedio?  
ALEJANDRO.  
No hay remedio.  
CÉSAR.  
Pues remedio hay, Alejandro.  
ALEJANDRO.  
¿Cuál es?  
CÉSAR.  
Decírtelo quiero.  
Ya que has intentado aquí  
Darme la muerte atrevido,  
Más bien será parecido  
Que yo te dé muerte á tí;  
Yo el sér que tienes te di,  
Tú intentaste airado, impio,  
Quitarme sér y albedrio.  
Pues di, ¿qué ha de parecer,  
Que yo te diese á tí el sér,  
Y tú me quites el mio?  
Mas bien visto será, advierte,  
A Italia, al mundo y á Dios,  
Que os dé la muerte á los dos,  
Que no que me des la muerte;

Trocada verás tu suerte,  
Pues si cuando más te sigo  
Eres mi hijo y mi enemigo,  
Hoy para tu destemplanza  
Llegó el plazo á la venganza  
Y la ocasion al castigo.  
Reducirte he pretendido,  
Como padre y como viejo,  
Con el amor y el consejo,  
Y obligarte no he podido;  
Tú mi muerte has elegido;  
Y así, pues, no hay esperanza  
De hallar en tu amor templanza,  
Seré, si al cielo le plugo,  
*El más impropio verdugo  
Por la más justa venganza.*  
Y adios, Carlos de mis ojos,  
Que aunque estos abrazos tiernos  
Llegan tarde, nunca llegan  
Las finezas á mal tiempo.  
(*Abraza á Carlos.*)  
CÁRLOS.  
¿Pues qué intentas?  
CÉSAR.  
Que Alejandro  
No sea verdugo nuestro.  
CÁRLOS.  
¿Y tú has de serlo?  
CÉSAR.  
No sé.  
CÁRLOS.  
Míralo bien.  
ALEJANDRO.  
Vive el cielo,  
Que ántes de mis propias manos  
Serás infame escarmiento.  
CÉSAR.  
Téplate, Alejandro, hijo,  
Y verás como me templo.  
ALEJANDRO.  
Yo he de matarte.  
CÉSAR.  
No es justo.  
CÁRLOS.  
Si he de morir, en efeto,  
Muera á manos de mi padre,  
Y no á tus manos, sangriento.  
ALEJANDRO.  
Ese es rigor.  
CÉSAR.  
Es piedad.  
ALEJANDRO.  
Será infamia.  
CÉSAR.  
Será ejemplo.  
ALEJANDRO.  
Déjame obrar como malo  
Si eres bueno.  
CÉSAR.  
No lo apruebo;  
No es bien que mi propio hijo  
Sea mi verdugo mesmo.  
ALEJANDRO.  
¿Y será bien que mi padre  
Me dé muerte á mí?  
CÉSAR.  
No es bueno;  
Pero en dos males tan grandes  
Se debe elejir el ménos.  
CÁRLOS.  
Pues, Señor, muera á tus manos.  
CÉSAR.  
¡Oh, qué de afectos te debo!  
ALEJANDRO.  
Mis manos han de matarte.

CÉSAR.  
¿Qué de crueldades te creo!  
CÁRLOS.  
¡Padre, adios!  
CÉSAR.  
¡Carlos, adios!  
ALEJANDRO.  
Dilo presto.  
CÉSAR.  
Deja el intento que tienes  
Y yo dejaré mi intento.  
ALEJANDRO.  
Vive Dios, padre tirano,  
Que si no lo impide el cielo,  
O tu acero ha de matarme  
O ha de matarte mi acero.  
CÉSAR.  
Pues déme el cielo venganza.  
ALEJANDRO.  
No querrá vengarte el cielo.  
(*Vanse.*)  
Salen JULIA, DIANA y CASANDRA.  
CASANDRA.  
Vine á tu casa á ampararme,  
Bella Diana, y en ella  
Presumiendo hallarte airada,  
Vine á examinarte cuerda.  
Bien haya tu entendimiento;  
Pues á un tiempo mismo mezclas  
A la ira la templanza,  
Y á la crueldad la prudencia.  
JULIA.  
¿Donde vamos, qué es tu intento?  
DIANA.  
Hablar al Duque quisiera,  
Y pedirle que perdone,  
O por ruego ó por clemencia,  
Con Alejandro y con Carlos  
A tu anciano padre César.  
Pues maestro mi dolor  
En mi soledad me enseña  
Que no recojo esta sangre  
Porque se derrame aquella.  
JULIA.  
Esta es la puerta, Diana,  
De la cárcel.  
CASANDRA.  
Y por ella  
Agora sale el gran Duque;  
Porque para esta sentencia  
El propio vino á la cárcel.  
DIANA.  
Allí un cadalso se muestra.  
JULIA.  
Y de la cárcel presumo,  
Si no es que la vista mienta,  
Que salen Damian y Cosme.  
DIANA.  
Es verdad, entrambos llegan.  
Salen COSME y DAMIAN.  
DAMIAN.  
Acabóse, aquesto es hecho.  
COSME.  
Soltáronos de la escuela  
Adonde solos los grillos  
Son los que hacen buena letra.  
*Verbum caro factum est.*  
JULIA.  
¿Ha, Cosme?  
COSME.  
¿Quién me cosmea?

DIANA.  
Llegaos acá.  
COSME.  
¿Qué quereis?  
DIANA.  
¿Conoceisme?  
COSME.  
Diana bella,  
Que podeis dar cuando sale  
De hermosa á la aurora queja...  
CASANDRA.  
¿Sales de la cárcel?  
COSME.  
Sí.  
DIANA.  
¿Qué hay de nuevo?  
DAMIAN.  
Si deseas  
Oír el caso más raro  
Que antiguas historias cuentan,  
Oye. Como no hay verdugo,  
Como sabes, en Florencia...  
COSME.  
Yo lo contaré mejor.  
El hijo mayor de César...  
DAMIAN.  
¿Quién le mete en eso á él?  
COSME.  
¿Quién me ha de meter? mi lengua.  
DAMIAN.  
Yo se la sabré sacar.  
COSME.  
Mejor lo hablará más suelta.  
DAMIAN.  
¡Vive Dios!  
JULIA.  
El Duque sale.  
DAMIAN.  
Pues agradezca...  
COSME.  
Agradezca...  
Sale EL DUQUE y ACOMPAÑAMIENTO.  
DIANA.  
(*Ap. Esta es ocasion; yo llego.*)  
Duque insigne de Florencia,  
Que adonde llega la fama  
Eterno tu nombre llega,  
Si como de justiciero  
De ser piadoso te precias,  
Ayer te habló la justicia  
Y agora el perdon te ruega.  
Hermana de Federico  
Soy, y soy la parte mesma  
Que tiene la mayor parte  
En el dolor y en la pena.  
A pedirte que perdones  
Vengo mi agravio y mi ofensa,  
Que por ilícitos medios  
No es honrado quien se venga.  
Y así...  
DUQUE.  
Detened, Diana.  
DIANA.  
¿Qué me decis?  
DUQUE.  
Que vos mesma  
Me pedisteis el castigo.  
DIANA.  
Ya lo confiesa mi lengua.  
DUQUE.  
Pues yo cumplí mi palabra.

DIANA.  
Lágrimas, tened la rienda.  
¿Es muerto Carlos?  
DUQUE.  
Ya es muerto.  
VOCES. (*Dentro.*)  
Tenedle, prendedle.  
TODOS. (*Dentro.*)  
Muera.  
Sale CÉSAR con el cuchillo sangriento.  
CÉSAR.  
Antes que me deis la muerte,  
Pretendo ver á su Alteza.  
DUQUE.  
¿Qué es esto?  
CÉSAR.  
Un hombre infeliz  
Que á besar tus plantas llega.  
(*De rodillas*)  
DUQUE.  
César, ¿qué ha sido?  
CÉSAR.  
Señor,  
Que ántes que mi muerte quieras,  
Te he de rogar que me escuches.  
DUQUE.  
Habla, ya tienes licencia.  
CÉSAR.  
Ya tú sabes que Alejandro  
Contra la humana obediencia  
Quiso quitarme la vida.  
DUQUE.  
Es verdad; prosigue César.  
CÉSAR.  
Y ya sabes tú, Señor,  
Aunque lo acuerdo, que á fuerza  
De no poder reducirles,  
Te rogué me permitieras  
Que fuese el ministro infame  
De tu castigo y mi ofensa.  
DUQUE.  
Yo lo consentí, es verdad;  
Porque era injusta violencia  
Que el que es padre en un suplicio  
A manos del hijo muera.  
CÉSAR.  
Pues Señor, subí al suplicio,  
(*Levántase.*)  
(Nunca al suplicio subiera,  
Tropezando con los ojos,  
Que son los piés de la pena;  
Ligué á mis hijos las manos,  
Puse á sus ojos dos vendas  
A tienta, porque mi vista  
Estaba entonces más ciega.  
Volví á exhortar á Alejandro  
Que olvidando su soberbia  
Tuviera para su intento  
Sus iras ménos resueltas.  
Templéte, halléte cruel,  
Y viendo en tantas finezas  
Que irritándose del ruego  
Se olvidaba de la ofensa,  
Con el cuchillo que miras  
Y con esta mano diestra  
De su garganta cruel  
Tomé venganza sangrienta;  
Agora, agora te pido  
Que á lo principal me atiendas,  
Pues más llamo á tu atencion  
Que procuro tu clemencia.  
Señor, este hijo que ves,  
Ya muerto á mis manos mesmas,  
Ha sido el hijo más malo

Que edades antiguas cuentan.  
Italia y el mundo sabe  
Que con su desobediencia  
Me redujo en blancas canas  
Las que eran señales negras.  
Deseaba darle castigo  
Equivalente á su pena,  
Para que á un público agravio  
Público el suplicio sea.  
Y así, pues, le he castigado,  
Invicto Duque; no creas  
Que ha sido ser yo verdugo  
Deseo de mi nobleza:  
Su juez y su padre he sido;  
Porque en tan rara tragedia,  
Quien sabe su ingratitude,  
También mi castigo sepa.  
No cumpliera con su padre  
Si la muerte no le diera:  
Este es el primer castigo  
Que le ha dado mi clemencia.  
Para esto tomé el puñal;  
Y para que mejor puedas,  
Médico de la justicia,  
Sanar tan grave dolencia,  
No he dado muerte á Carlos,  
Sino á Alejandro, que fuera,  
Sobre ser poca piedad,

Premio injusto á las finezas.  
A Alejandro he dado muerte,  
Y así, Señor, porque veas  
Para ejercer tu justicia  
Los despojos que te quedan,  
(Descubre en el cadalso á Alejandro  
muerto, y á Carlos vendados los ojos  
en una silla.)

Mira un hijo castigado  
Y otro que el castigo espera;  
Pues para el justo castigo  
Agora el verdugo venga.  
En mí, y en Carlos, mi hijo,  
La airada cuchilla estrena,  
Que aunque es ciego mi dolor,  
No está mi piedad tan ciega  
Que á mí, Señor, de dos hijos,  
Mitades del alma enteras,  
Me toca también la culpa,  
Mas no me toca la afrenta.

DUQUE.  
Espera, César, aguarda,  
Que para que me obedezcas,  
Puesto que está castigado  
Lo principal de la ofensa,  
Y supuesto que Diana  
Que os diese perdón me ruega,

Para dejar acabados  
Estos dos bandos, que inquietan  
Lo mejor de mis Estados,  
He hallado una conveniencia.  
Carlos le dará de esposo  
La mano á Diana bella,  
(Quitente la venda de los ojos á Carlos  
y levántese.)

Y de Casandra su hija  
Queda el remedio á mi cuenta  
Con que así quedan premiados.

CÁRLOS.  
Mi amor con tal recompensa.

CÉSAR.  
Mi lealtad con tan gran premio.

DIANA.  
Mi fe con tanta fineza.  
Y á un mismo tiempo también  
Desta historia verdadera  
Veremos el fin dichoso.

COSME.  
Si hubiere quien tenga á lengua,  
Como á mano algún aplauso,  
Un vitor ú otra moneda.  
En esta y en la otra vida  
Se lo pagará el poeta.

## LO QUE SON MUJERES.

### PERSONAS.

SERAFINA.  
RAFAELA.  
DON ROQUE.

GIBAJA, gracioso.  
INESICA.  
DON PABLO.

DOÑA MATEA.  
DON MÁRCOS.  
DON GONZALO.

ESTÉBAN, }  
JACOBO, } *criados.*

### JORNADA PRIMERA.

Salen SERAFINA y RAFAELA.

SERAFINA.  
Llévenla luego á un convento,  
No ha de estar en casa un hora.

RAFAELA.  
Yo te confieso, Señora,  
Que es justo tu sentimiento;  
Pero aunque es doña Matea  
Con los hombres tan humana,  
Es, en efecto, tu hermana.

SERAFINA.  
¿Enamoradita y fea?  
¿Qué es esto?

RAFAELA.  
Templanza ten.  
SERAFINA.  
¿No quieres tú que me asombre  
Si en la vida ha visto hombre,  
Que no le parezca bien?  
El chico, por lo donoso;  
El grande, por lo entallado;  
El puerco, por descuidado;  
El limpio, por cuidadoso;  
Porque guarda, el miserable;  
Por arrojado, al valiente;  
Al que habla, por elocuente;  
Al que calla, por loable;  
Al cobarde, por templado;  
Al hablador, por chistoso;  
Al tibio, por vergonzoso;  
Por discreto, al mesurado;  
Al vano, por presunción;  
Por constante, al importuno;  
Jamás ha visto hombre alguno  
Que no le cobre afición.  
Pues en un convento vea  
Su humanidad reprimida.

RAFAELA.  
Señora...

SERAFINA.  
No vi en mi vida  
Mas malas gracias de fea;  
Lindas partes de adorada  
Tiene mi tal hermanita;  
Segundita, pobrecita,  
Feita y enamorada;  
En un convento, es notorio  
Que templará este deseo.

RAFAELA.  
Señora, yo no la veo  
Con hambre de refitorio;  
Cásala con un garzon  
Casero, y lo mismo has hecho,  
Que tiene un marido estrecho  
Mil cosas de religión.

SERAFINA.  
No hay que replicarme en nada;  
Convento, quiera ó no quiera.

RAFAELA.  
Advierte...

SERAFINA.  
Echadme acá fuera  
Esa bienaventurada.

RAFAELA.  
No te quiero replicar,  
Pero no se ha levantado.

(Llaman.)  
SERAFINA.

RAFAELA.  
Un hombre que ha dado  
Todo hoy en quererte hablar.

SERAFINA.  
No éntre hombre á hablarme.

RAFAELA.  
Yo creo

Que te agrade si le ves.  
SERAFINA.  
¿Parécete á tí que es  
Sugeto de galanteo?

RAFAELA.  
Cada pié de á media vara,  
Las piernas de á caña y media;  
Pues la cara lo remedia  
Que es semicapón de cara  
El hombre desmadejado.

SERAFINA.  
Nadie hombre entero me nombre.

RAFAELA.  
Señora no éntre por hombre  
Éntre por acaponado;  
Mira que ser tan cruel  
Con los hombres es error.

SERAFINA.  
Ahora estoy de buen humor,  
Éntre por reirnos dél.

Sale GIBAJA.

GIBAJA.  
El cielo guarde, Señora,  
Ese traslado del mismo:  
Ese espacio, donde atento  
Con rásgos negros ha escrito,  
De que sois su hermosa copia,  
La perfección tan al vivo,  
Que porque todos la atiendan  
A la márgen poner quiso  
Dos ojos, como quien dice,  
Ojo á sus labios divinos,  
Donde el sangriento coral  
Le viene como nacido.  
También ojo á sus mejillas  
De nácar, no por advitrio  
De la beldad, que están rojas  
De vergüenza de haber visto  
Vuestros dientes tan iguales,  
Tan perfectos, tan unidos,  
Que os están todos de perlas;  
Que viendo igualmente fino,  
Ya el nácar, y ya el jazmín  
De dientes y labios limpios,

Cuanto corren á encenderse,  
Dicen lo que se han corrido.  
También ojo á las pestañas,  
Que en blanco raso, aunque liso,  
Al canto de sus dos cejas  
El párpado han guarnecido.  
Y ojo también á esos ojos  
Que dan muerte. ¿Quién ha visto  
Que aquello mismo que mata  
Sea lo que dé el aviso?

SERAFINA.  
Al caso, por vida mía,  
Que tengo ya los oídos  
Cansados de estar oyendo  
De jazmín mil desvarios,  
Mil vergüenzas de coral,  
De nácar dos mil delirios,  
Y de aljófares y perlas  
Mil sargas de desatinos.  
¿Quién sois?

GIBAJA.  
Señora, yo soy  
Hombre tan espantadizo,  
Que ando haciendo sacramentos  
De cualquier cosa que estimo.

SERAFINA.  
No os entiendo.

GIBAJA.  
Soy un hombre,  
Que por dar á mis amigos  
Un buen día con su noche,  
Doy muy malas de continuo.

RAFAELA.  
¿Ese oficio es così-cosa?

SERAFINA.  
Explicaos ya.

GIBAJA.  
Ya me explico.

Yo soy...

SERAFINA.  
¿Qué?

GIBAJA.  
Casamentero.

SERAFINA.  
Alcahuete á lo divino,  
¿Qué queréis en esta casa?

GIBAJA.  
Casaros, porque me han dicho  
Que teneis sobre lo hermoso,  
Sobre lo airoso y lo lindo,  
Cuatro mil y más de renta.

RAFAELA.  
Sin joyas, sin ajuar rico,  
Sin más de tres mil ducados  
De deudas.

GIBAJA.  
Pues yo os afirmo,  
Que está en manos el pandero  
Que los hará veinte y cinco.

SERAFINA.  
¿Y cómo os llamais?